

Cuadernos

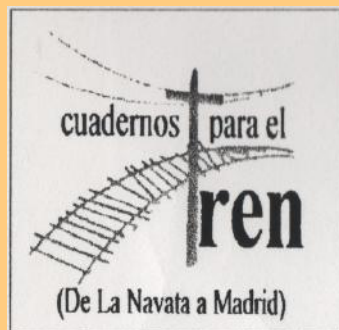
para

el Tren



marzo 21

Edita: Tertulia Literaria Antonio Machado



Sumario

Textos

Presentación.....pag 4

La rebelión de los Inmortales 1 (Venancio D. Castán)... pag 6

Emboscadas y osadías de la mente (Eduardo Ruíz)... pag 17

Habla, hablemos (JARomán)...pag 20

La calma ebulle en el deseo (Victor Galán)... pag 24

Náusea (Venancio D. Castán)...pag 28

El abrazo (JARomán)...pag 30

La vieja estación 2 (Mustio Collado)...pag 35

Te sigo amando (JARomán)...pag 40

Ilustraciones

Pedro Gáivez...pag 1, 9, 15,15, 21, 25

JARomán...pag 3, 5, 7, 11, 13, 14, 18, 23, 27, 29, 31, 34, 37

41, 42



Pandemia, contagios, restricciones, aislamiento, amenaza, miedo. Este es el contexto en el que la Tertulia Antonio Machado de Galapagar lanza un nuevo número de "Cuadernos para el tren" intentando formar una burbuja cultural y artística en la que podamos leer, escribir, expresar, mediante relatos, reflexiones, poemas, dibujos y pinturas, aquello que nos está creciendo internamente sin forma en este obligado alejamiento físico y poder evitar decir que sólo el silencio nos escucha.

En esta nueva andadura en formato digital editamos el cuarto ejemplar en menos de un año. Este mes os ofrecemos una nueva serie de relatos, por entregas, de Venancio D. Gastán "La rebelión de los Inmortales" en los que con socarronería y una prosa sencilla y amena habla de un grupo de personas del pueblo con las que él ha compartido durante mucho tiempo muchas vivencias. Eduardo Ruíz hace una lúcida reflexión del relato, publicado en el número anterior, de Julia Guzmán bajo el título de "Sombras Chinescas". Victor Galán nos ofrece un brillante texto poético y filosófico. Mustio Collado continúa con la segunda parte del bello y original relato que publicamos en el anterior número "La vieja estación. Venancio D. Gastán y JARomán nos dejan algunos poemas cubriendo la cuota poética. Finalmente éste último nos ofrece un brevísimo relato haciendo referencia a la mercantilización de las emociones. La Parte visual corre a cargo de Pedro Gálvez y JARomán que con sus trabajos, ilustran partes de los textos.

Ya sólo nos queda desear que el silencio y la calma que precede a la lectura os predisponga a disfrutar y/o criticar lo que os ofrecemos. Esperamos que nuestra burbuja os alcance y podáis ampliarla a vuestro entorno.

Gracias amigos por acogernos en vuestra sensibilidad.



La rebelión de los Inmortales

Primer vino

Un día descubrió un pequeño ruido en el cuello, un crujido apenas perceptible, como arena, ruido de arena comprimida, roce de granos de arena. Otra cosa nueva, pensó. Mientras pueda ir al bar... Sobre la barra del mostrador, un botellín de Mahou, un tinto de Rioja y un frasco abierto de guindillas en vinagre. La mañana está echada. Ya no se va hacer nada importante; pero siempre es así: cuando te quieres poner en serio se hace enseguida la hora de comer; bueno, tanto no, pero el cuerpo ya le pide a uno el vermú. Así que, a tomar unos vinos y a mirar; a hablar con la gente. La mañana pasa igual todos los días en el mercado municipal. En el bar siempre están los mismos. En la parte alta de las estanterías, en un ángulo, la tele preside todos los actos oficiales. Si a alguien se le antoja que lo que ponen es importante, la jefa le sube el volumen, pero si no, se queda muda echando imágenes sin sentido, anuncios de cosas que se agigantan para luego desaparecer en breves segundos en un mar de letras; dice uno que para hacer compañía quizá, como hacen en todos los bares, porque los camareros, aunque esté lleno el establecimiento, se sienten solitarios detrás de la barra.

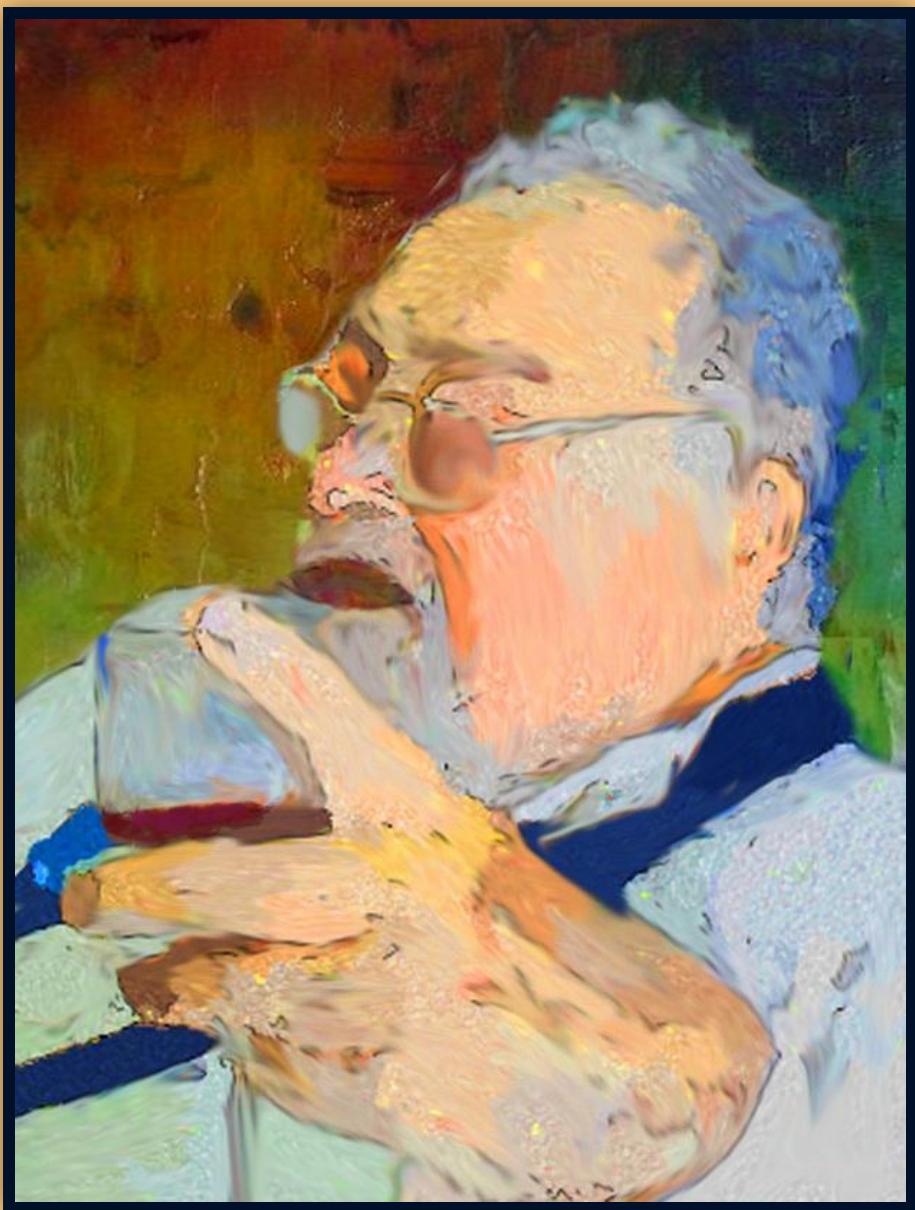
Vienen dos cargando una caja.

—Oiga jefe: que a ver dónde va esto.

—Id al fondo; allá atrás, junto a la pescadería, que ahora voy. No se puede uno ni tomar un vino en paz—comenta esto último para los del bar.

La gente que anda trabajando, cuando pregunta algo a un desconocido, le da el tratamiento de jefe para eludir el confianzudo “oye tú” y para granjearse una simpatía rápida.

La gente que anda trabajando ordinariamente es legal y sabe hacer las cosas.



—Venga, que no tenemos toda la mañana y esto pesa un huevo.

El que va atrás vuelve la cara y se ríe; siempre se ríe. Nació mal. Desde que le han contratado tiene dinero fresco para coca cola y para echar unos porros. Le encantan. A lo primero vomitaba, pero ahora no; ya se ha acostumbrado; pero el alcohol, le han dicho que ni olerlo, que no se puede beber con las pastillas. Le llaman Joder, porque siempre se apoya en esta muleta para decir cualquier cosa. Le contrataron porque tiene mucha fuerza y es muy bien mandado; no discute nada; si hace falta carga con un piano él solo. Además, al jefe le descontaron mucho del seguro por contratarlo. Ricardo es el que lleva el camión y hace de jefe. Lo quiere como si fuera su hermano. Los padres de Joder son testigos de Jehová; él también lo es, al menos teóricamente, porque le metieron en una piscina para bautizarle, bien que se acuerda él. Cuando no lleva carga en los brazos anda siempre tocándose la pirola, sobre todo cuando ve de lejos a las muchachas; porque el gili de él, cuando las tiene cerca y le hablan, se pone todo colorado y mira al suelo. Alguna descarada del barrio sabe que tiene la pirola grande porque se la ha visto, y se lo ha contado a las otras, y por eso se ríen cuando le ven.

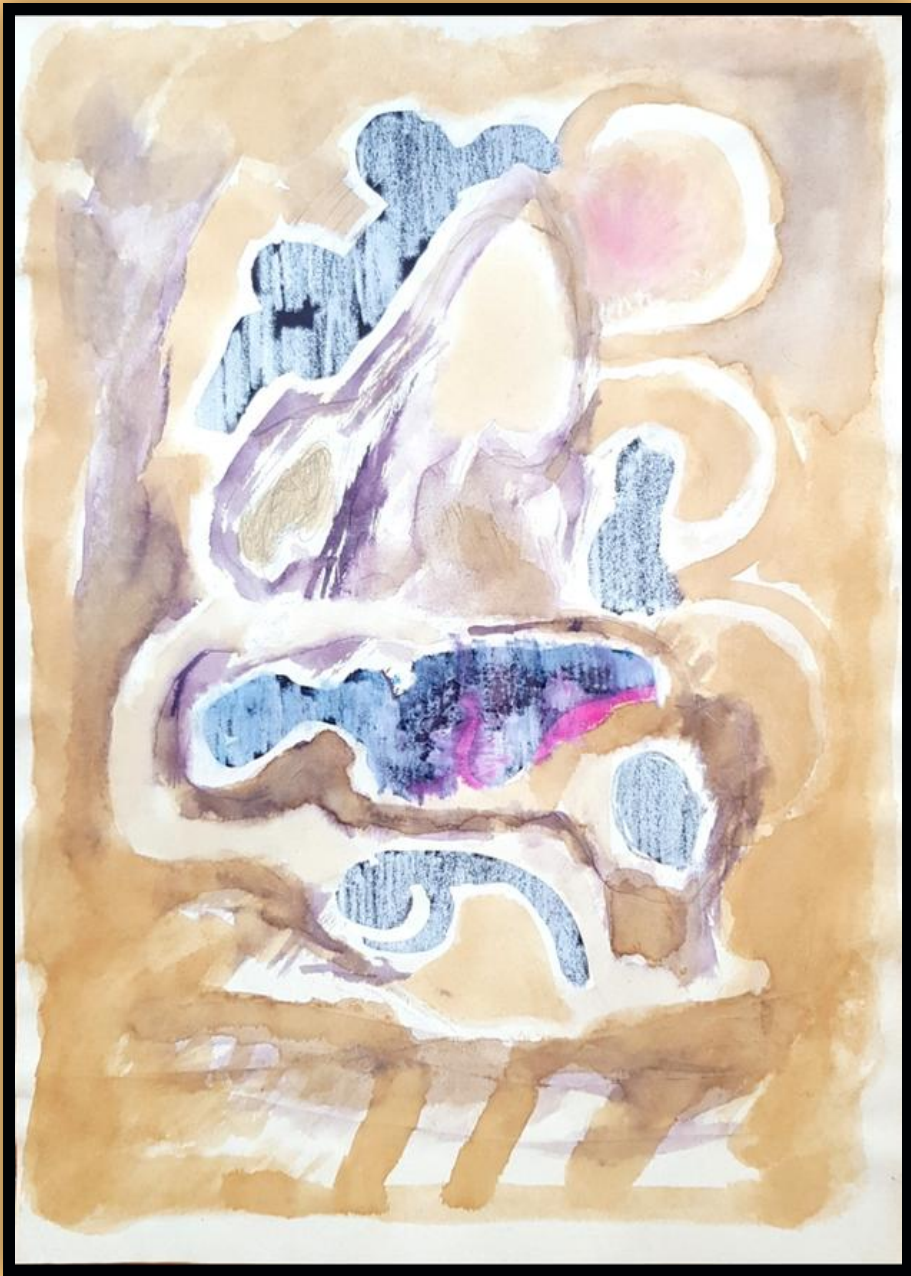
—Te cuidado Joder, que se te va a caer el bulto y nos va a costar la torta un pan ¿A que estabas pensando en la Silvia? Anda, cabrón...

—Qué va, Ricardo, joder; tengo más fuerza que tú. Cuando quieras echamos un pulso—dice riendo.

La Silvia es la amiga de su hermana. Tiene las tetas grandes y firmes, y en verano se le traslucen los pezones en la camisa porque no lleva sujetador la mayor parte de los días.

Joder, que en realidad se llama Emilio, se hace buenas pajas a cuenta de ella. Ninguna mujer ha sido amada tan apasionadamente a distancia, sin contacto. A Joder no le hacen falta las revistas de tías en pelotas para nada. Teniendo cerca a la Silvia...

Dejan el bulto en el puesto indicado y se van al bar a tomar una caña.



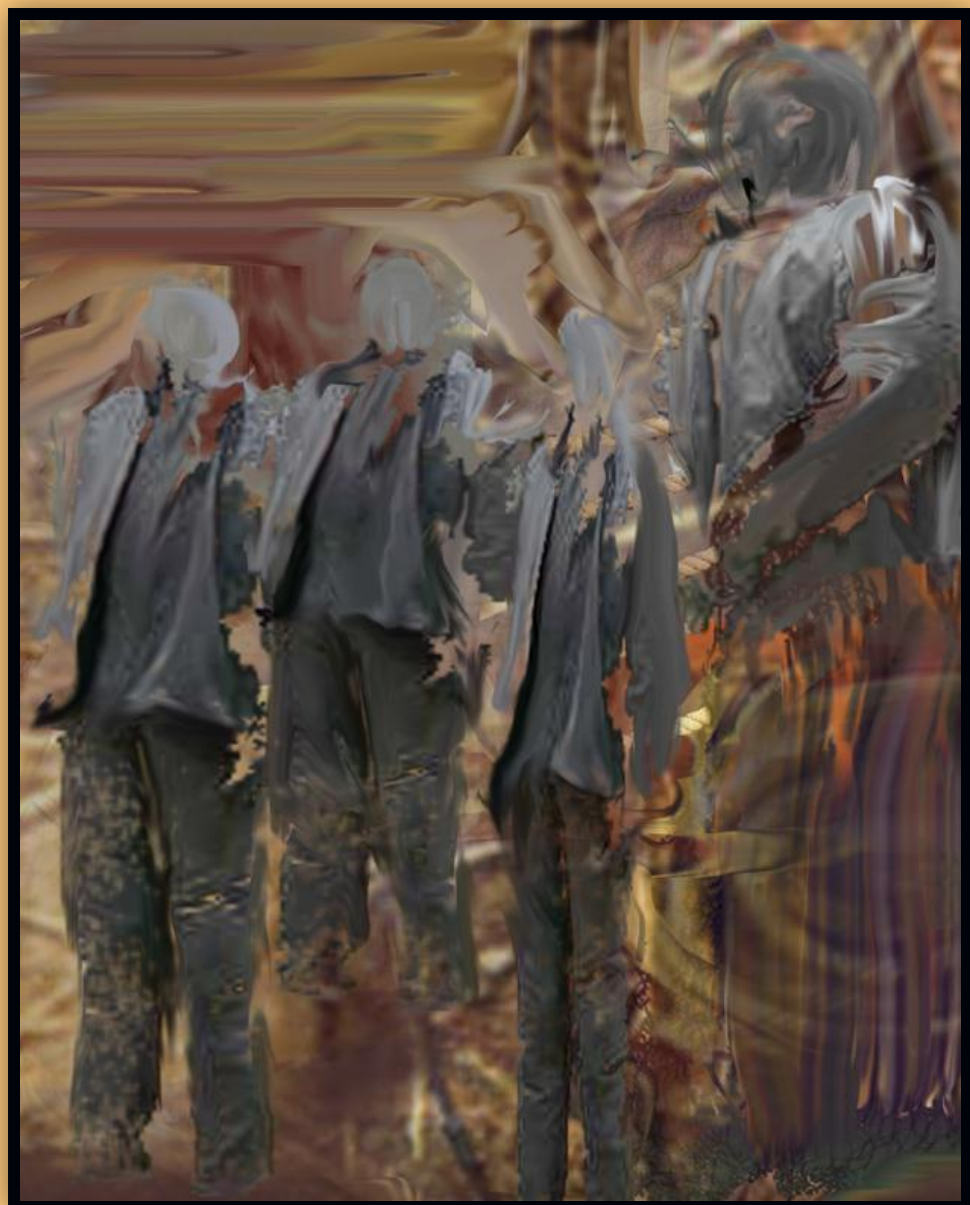
Alfredo, detrás de la barra, ayuda en ocasiones a su madre. También se ríe, pero porque es joven, y los jóvenes son más dados a la sonrisa que los viejos. Es del Atlético de Madrid de toda la vida, que no es mucha; pero lo es, sobre todo, por odio a los del Madrid, que son unos cabrones que van por la vida buscando privilegios, siempre abusando de la gente honrada. Desde que se enteró que era el equipo de Franco le tiene una rabia que no lo puede ni ver. Además, suele coincidir que los del Madrid sean de mala ley. Alfredo es de izquierdas por instinto, por ser legal y por inteligencia, que la tiene despierta a juzgar por la mirada y por las preguntas que hace. Sirve los vasos hablando de fútbol y conoce a todo el que pasa. Prefiere hablar de fútbol que de política, y afirma que, si a él le cayera un puesto importante por un casual se corrompería con toda certeza, que el dinero es muy goloso y buena gana de decir tontunas. Si entra alguien desconocido en el mercado tuerce el morro; hay mucho julai últimamente por el pueblo, pero desde que se fueron unos que él sabe han bajado los delitos; vaya que sí. Ricardo y Joder le caen bien.

—A ver qué os pongo.

—A mí una caña, y a Joder un cubata.

—¡Que no, joder, que ya sabe Alfredo que no bebo alcohol! Este Ricardo...

Hacen un poco de cachondeo con Patafina para cabrearle y se marchan; ellos no pueden parar, ni el camión tampoco. El que se queda siempre es Patafina. Aún falta poco para que vengan todos los de siempre. Patafina tiene por buen nombre Eufemio, pero en el pueblo le ponen mote a todo el mundo. A saber por qué lo de la pata fina; igual le viene desde la mili. Patafina es el empleado municipal del mercado y, aunque sea de un pueblo de Ávila, tiene alma de funcionario; vamos, que lo mismo podría estar de ujier en el Ministerio de Fomento haciendo el papel a la perfección. Es alto, de mata de pelo canosa, abundante y fuerte como el esparto; tripa de respeto, jersey de lana y botas de goma si llueve. Emplea un



mirar atravesado y un hablar secretista y confidencial para cualquier cosa que quiere decir de manera individual, aunque sea una chorrada; pero si el hablar va dirigido al colectivo que escucha, eleva la voz por encima de las otras conversaciones para que se entere todo el mundo. Cuando eso ocurre es que está pontificando; con toda certeza se trata de algo relacionado con las setas, con el vino cosechero o con cualquier menester agrícola, porque el tiempo que él ha pasado en el campo lo ha pasado poca gente y ese es un saber que no se olvida. Hay muchos que hablan de audiencias, pero él lo ha visto todo y lo ha trabajado; ha trabajado con caballerías, que buenas jornadas echaba con su padre yendo de un pueblo a otro con el carro. Toma tintos con buen cuidado de encontrar alguien que se los pague, que nunca falta; pero él los bebe de cartón o del malo, para no resultar oneroso al que invita.

A Rosa, la del bar, le gustaría que Patafina limpiase un poco más y fuese más diligente y discreto, porque ve a diario cómo se mete en todos los cocidos. Al fin y al cabo es del Ayuntamiento, y los del Ayuntamiento quieren estar a buenas con todos y con todos no se puede estar a buenas. Vamos, que lo tiene por falso.

Rosa es la jefa del bar, la madre de Alfredo. Es del pueblo de toda la vida, de los nacidos y criados en Pargalar, que cada día son menos y casi no se encuentran cuando van por la calle, porque al pueblo han venido a vivir más de treinta mil, casi todos de la capital y moros, y de más allá y cualquiera sabe. Hace unos años se quedó viuda. Su marido era amigo y contertulio de la mayoría de los que pasan por allí; un tío de buen estilo al que se le recuerda con afecto. Decían que no había quedado bien desde que se cayó de un poste de la luz. Rosa ha hecho frente a la vida con bravura castellana y pargaleña, y no se arredra por nada, y si tiene que llamarle a alguien la atención lo hace mejor que un hombre.

La mañana a las doce registra actividad mediana. Los comerciantes se quejan de las grandes superficies. En el mercado hay algunos puestos cerrados y eso también les hace daño. Por suerte les han puesto calefacción y aire acondicionado, que antes se las veían



moradas para pasar toda la jornada con calor o con frío. En el bar van parando algunos que duran lo justo para tomar la consumición. La tertulia se forma luego. Viene a ser la hora en que hace entrada triunfante y acelerada Jaimecorral, el único condenado del pueblo a la silla eléctrica. En su casa le encargan la compra para que haga algo. Lleva inválido por el reuma un porrón de años, y lo llevó mal hasta que un día se compró un 4L amarillo con marchas automáticas y acelerador en el volante. Hasta que aprendió a manejarlo, los vecinos, cuando le veían venir, se metían en las tiendas, porque iba con medio coche por encima de las aceras. Claro, como era inválido, no se podían cagar en sus muertos, y de eso abusa mucho Jaimecorral, porque ahora tiene una silla eléctrica y va a toda leche por las calles en sentido contrario si le peta, y hasta por la carretera, y todos han de ir dando frenazos. Está casado con la comunista, que estuvo de concejala de urbanismo y eso le valió para que le rebajaran algún escalón, pero no tantos como él hubiera querido. En el pueblo dicen que, aunque sea comunista su mujer, es muy buena y siempre les ha atendido bien; de ese modo manifiestan su progreso democrático y su buen talante, que les permite llevarse bien hasta con los comunistas con tal que sean buenas personas. Mete la segunda marcha y se llega a la carnicería de Amador; sin hacer cola le toma el pedido Martín y se lo guarda para dárselo en el bar. Gira a la derecha y pasa por otros dos o tres puestos. Los paquetes y bolsas se los van metiendo en una especie de marsupio que lleva colgando detrás de la silla, de manera que no se esfuerza en nada y, cuando cree que ha terminado los encargos, hace una hábil maniobra de giro, se coloca en paralelo en la barra del bar y eleva el asiento automáticamente. Como tiene estudios, le empezaron a llamar don Jaime, pero por su popularidad, sobretudo en el mercado, que es una prolongación de su casa, le llaman todos Jaime (cuidado: evitar Jaimito), y muchos Jaimecorral, con el apellido pegado como una almorrana.

—Que sea un vino, Rosa.

— ¿Le pongo unas aceitunas?

—Bueno —dice poniendo cara de fraile franciscano.

Todos dicen de él que es muy bueno, y él se dedica a cultivar esta creencia para obtener beneficios. Lobo con piel de cordero, dice de él el médico, que le conoce bien.

Ya se va calentando la cosa. Rosa, aunque le den trabajo y le cueste ir a comer tarde, prefiere que vengan, porque así no se aburre, y encima le dejan buenos euros.

(Continuará)

Venancio D. Castán





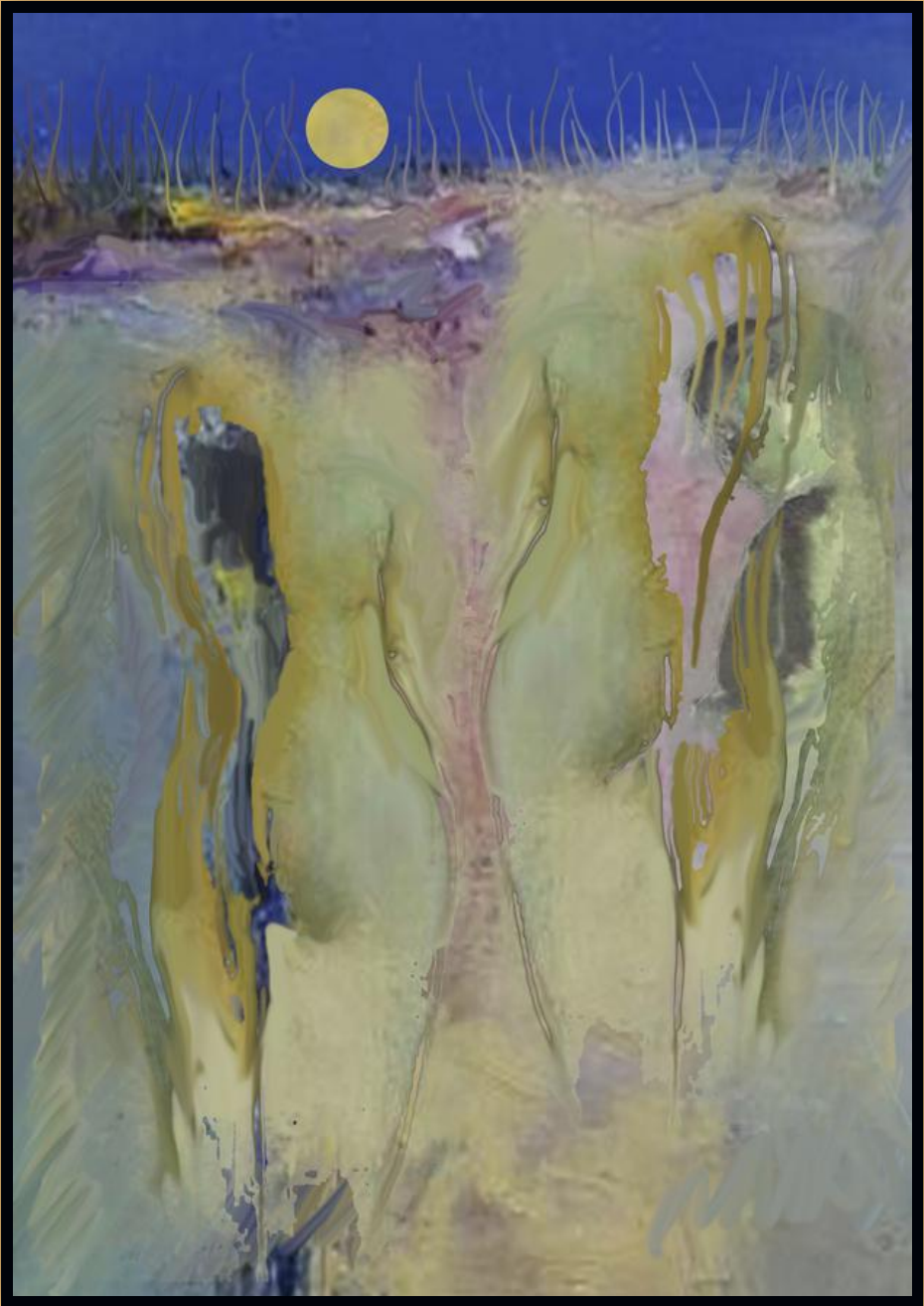
Emboscadas y osadías de la mente

He leído varias veces el relato *Sombras Chinescas*, cuya autora es Juliana Guzmán. Y el encuentro con la belleza literaria, según le parecía a Vargas Vila, crea en nosotros una empeñada voluntad de decir algo, de no quedarnos mudos. Tenía razón el colombiano.

En lo esencial, el de Juliana no es un relato sobre sexo; mucho menos podría decirse que deja una vía abierta a la excitación genital. Sin embargo, inflama y altera las nociones más osadas que tienen nuestras venas en su largo recorrido corporal. Su mensaje sutil nos pone frente a un reto, a un revuelo sin remedio, a una especie de vahído insospechado. Porque con él sentimos un encuentro inquietante con tórridos y vibrantes meridianos de nuestra mismidad.

La autora usa su bello relato para guiarnos de la mano hasta donde la curiosidad nos convoca, llevándonos a hurtadillas. Y desde allí nos lanza hacia un precipicio insondable. ¿Para que hagamos equilibrista sin posibilidad de evitar grietas y fisuras dentro de nosotros mismos? No lo sé, ni me siento con aptitud para adivinarlo. Su vecino, el personaje de este relato, es como un artilugio impertinente y diseñado para quitarles el sueño a otros y para hacerlos permanecer en una vigilia frágil y prematinal. En su velado intento de suplantar a sí misma, la autora no pretende coquetear, ni ligar, ni tampoco implicarse en un amago de claudicación para ver qué pasa. No. Solo quiere mostrarnos que el tiempo sirve para algo; que es un latido nocturno, aliado de tramas o emboscadas sucesivas, expuestas a una lectura abierta con múltiples interpretaciones.

Quizás Henry Miller, situado en la cúspide de sus Trópicos, hubiera consumado un orgasmo estelar en su mente saludablemente promiscua. Quizás Vargas Llosa, en su etapa de escritura experimental, hubiera hecho implosionar de lujuria



tropical uno de los encuentros fogosos de Toñita en la trama compleja de *La Casa Verde*. Pero la autora de *Sombras Chinescas*, no. Ella sabe crear tensión y expectativa en la distancia corta, sin salir del barrio, sin salir ni siquiera de su casa; y midiendo hasta el aire que podemos “engullir”, nos lleva a esos vértices de la existencia donde nos está esperando el parlamento de varias voces y motivos interiores que hay en cada uno de nosotros.

Saber meter, explícita o subliminalmente, la sexualidad en las costuras de nuestra revoloteada conciencia sin que se degrade la cita o el encuentro con el otro -en este caso, con el vecino- es un logro de filigrana que llama al orden a nuestros demonios más impacientes y pugnaces. Los desbordes y vientos locos que suceden en las capas “geológicas” más profundas de nuestra personalidad, pienso que nunca son malos, ya que pueden ayudarnos a acrecentar la autoestima. Y dejar en un relato las cosas medio dichas y medio sugeridas, pone de manifiesto una aptitud y un dominio de quienes, con habilidad y buena mano, saben procrear un universo con espejos convexos, a través de los cuales podemos mirar, perplejos y complacidos, los flujos y reflujos de nuestra intimidad.

Eduardo Ruíz

Habla, hablemos

Habla.

Hablar es una forma de reconstruir la vida.

No importa que el mundo esté en llamas,
las palabras también apagan incendios.

Habla,

vuelve a contar historias de lugares y gentes
donde no estuvimos y a quienes no conocimos.

En ese lugar donde nos contábamos cosas
hay sombras apoyadas sobre una mesa vacía.

Ya no nos buscamos.

Hablemos.

Sin hablarnos, el mundo se hace aún
más gélido, incompleto y hueco.

Hemos de salir de nuestras propias sombras
antes de que nos perdamos en sus tinieblas.

Hay riesgo de que la sombra se convierta en olvido,
sería otra forma de hueco, de golpe.

Hablemos,

aunque necesitemos algún truco
para hacerlo del presente.



Salgamos del silencio.

Éste también grita en forma de aullido.

No es bueno ese llanto sin lágrimas.

Hablemos,

el tiempo pasa

y habrá cosas que ya nunca podamos contar

porque no sepamos responder a nuestras preguntas,

pero sabremos escuchar el eco de nuestras palabras.

Hablar puede doler

pero habla de tus miedos, son también los nuestros.

Habla,

tus palabras son una forma de luz.

La luz también habla.

Dice cosas sobre ti y sobre nosotros.

Alumbra el otro lado del miedo

evitando que nos apriete.

Habla,

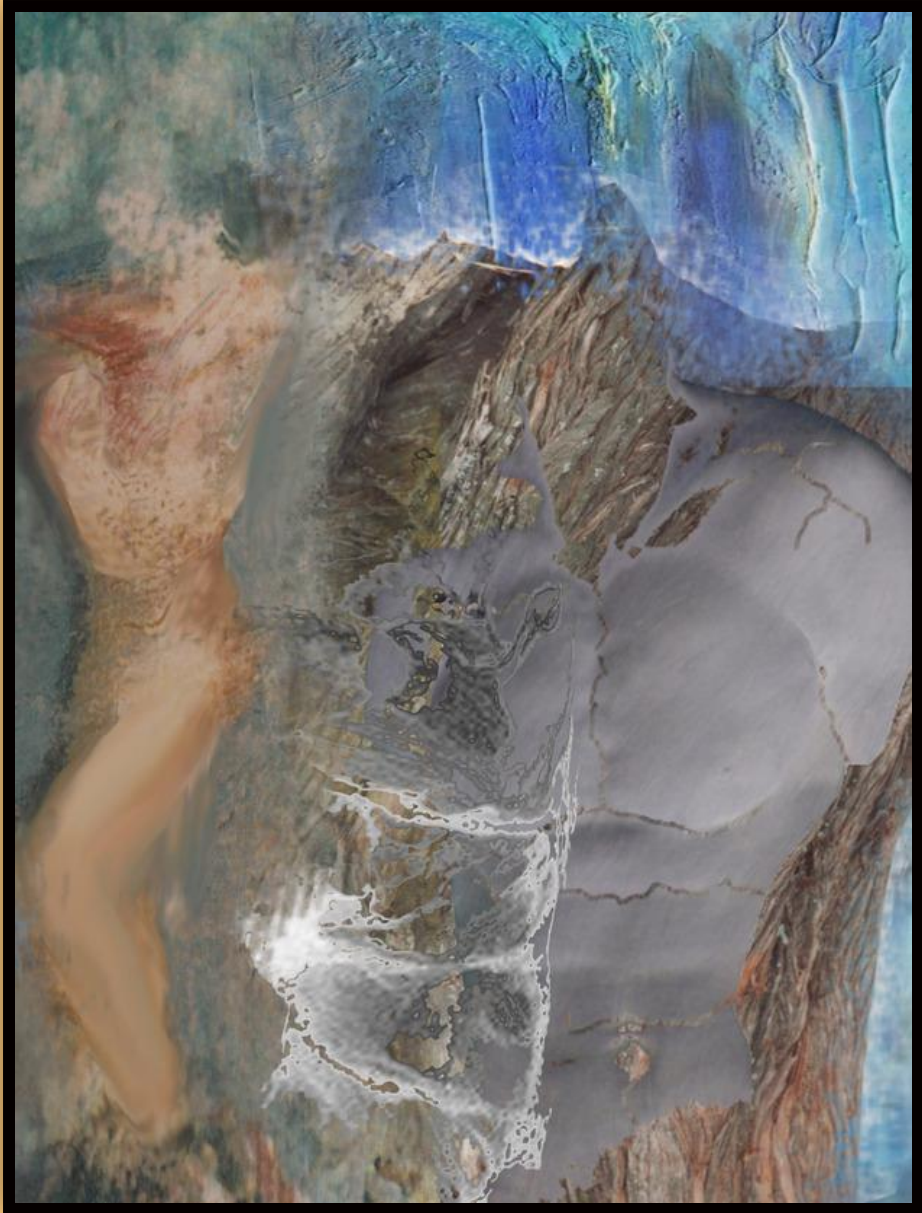
volvamos a compartir el tiempo que fuimos.

No está nada mal acceder a ese lugar.

Allí no hará frío.

La memoria es un buen abrigo.

JARomán



La calma ebulle con el deseo

La calma ebulle con el deseo, la tensa piel se dilata hasta alcanzar la rítmica vibración del instrumento batido por desconocidos pulsos interiores.

El tiempo presta su detalle para construir la geografía en que vivirá el deseo y sus servidumbres.

La turbia mirada del amanecer apenas recibirá la sombra que guarde la llegada de los amantes y su torpe búsqueda de referencias palpables, permitirá reconstruir el paisaje sobre el que la piel empezará a resolver las abruptas sensaciones que la comienzan a llenar. El tiempo asistirá con preocupación a las operaciones desplegadas a fin de reconocerse en el otro para ser el uno, ese que apenas recuerda el afán necesario para ser en los días el refugio de la piel del deseo, ese perfil exacto que discurre paralelo al uno. Esa tensión que acerca su fusión al otro, que solo ejercita el dibujo paralelo buscando los rincones más placenteros, más serenos, más lúcidos para, intrépida, buscar la eléctrica relación de las células elementales, de la aleación de las miradas, del anudar los hálitos de calor entrecortado, como si los rítmicos alveolos liberaran palabras de amor encadenado.

Las pupilas serán derviches amantes del sol que lentamente acariciará las tenues pestañas que con gracia automática y precisa, se desplegarán para evitar el dolor del arrebato nuclear de su mirada.

Será, entonces las humildes manos quienes recorran los ordenados átomos de las cosas circundantes, y sabrán que el día encierra la esperanza de encontrar el camino por la geografía del deseo, de su satisfacción en cada brizna de hierba, en cada piedra, en cada gota de lluvia que sorprenda la célula



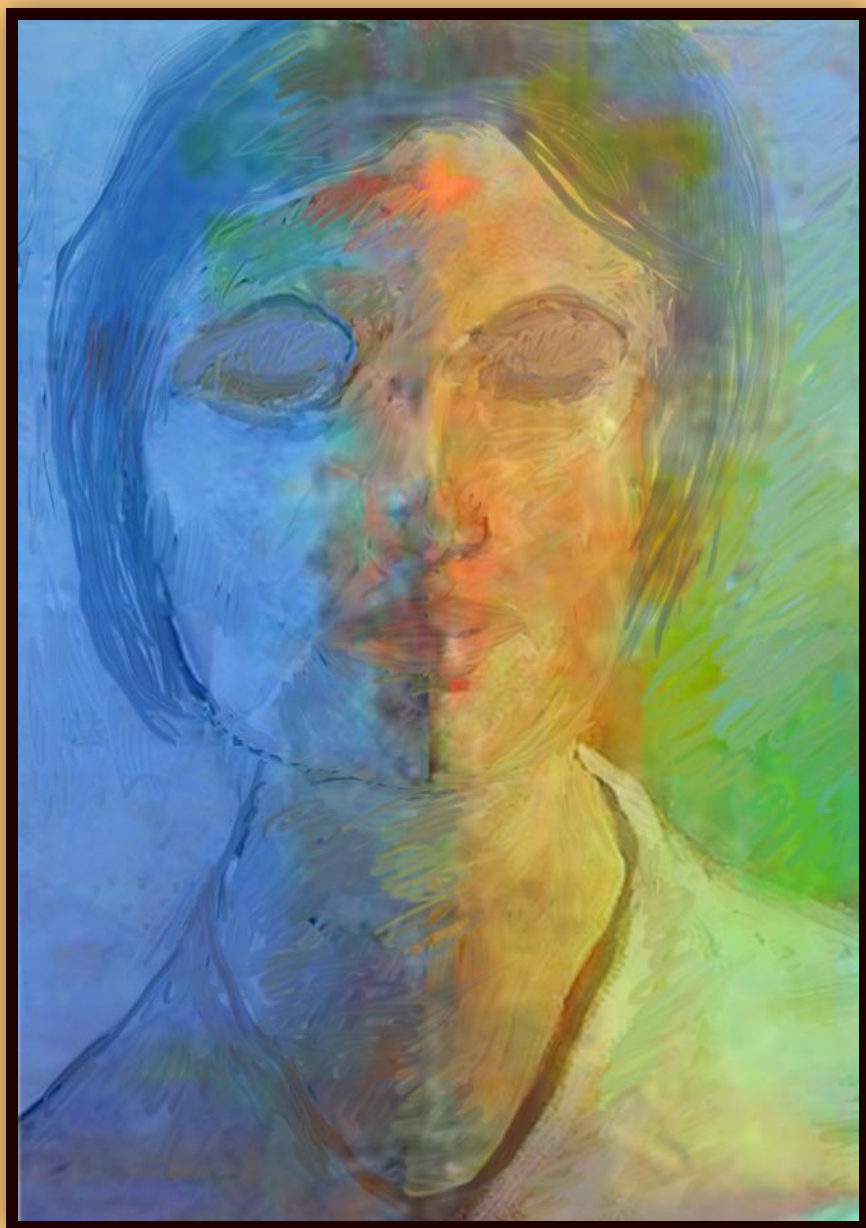
que a la intemperie busca la menor distancia con lo otro, la fórmula mágica para no ser perfil, ni barrera, ni horizonte ni línea de batalla, sino la entregada aurora entre la noche y el día, la sedienta arena de la playa, la que cierra el sobre hacia la amada, la llama que consume su oxígeno y mis ramas, la sal y el agua de las desconsoladoras lágrimas por el que se fue dejándonos la nada.

Porque la alquimia no consiste en transmutar el banal oro en la mañana, si no en la conversión del núcleo de mis células en tu morada, en él solo mirar de tú mirada desde el fondo de tu entraña.

El devenir de los áureos metales en la música de los océanos furiosos por estar anclados al cuenco de la tierra gravitada.

Y alzaré la luna entonces,
desde su piel transida de azucenas
la huella exacta de tu cara,
y será al fin el nuevo comenzar
de tu geografía urgente y deseada.

Victor Galán



Náusea

Sin embargo oscilas en la calle,
cuando no hay nadie ni te ven.

Fuga de bites en pedazos de alma de algodón.

Sonora búsqueda de bienes perdidos,
sin salvar ánimos ácidos que vuelven
sin avisar.

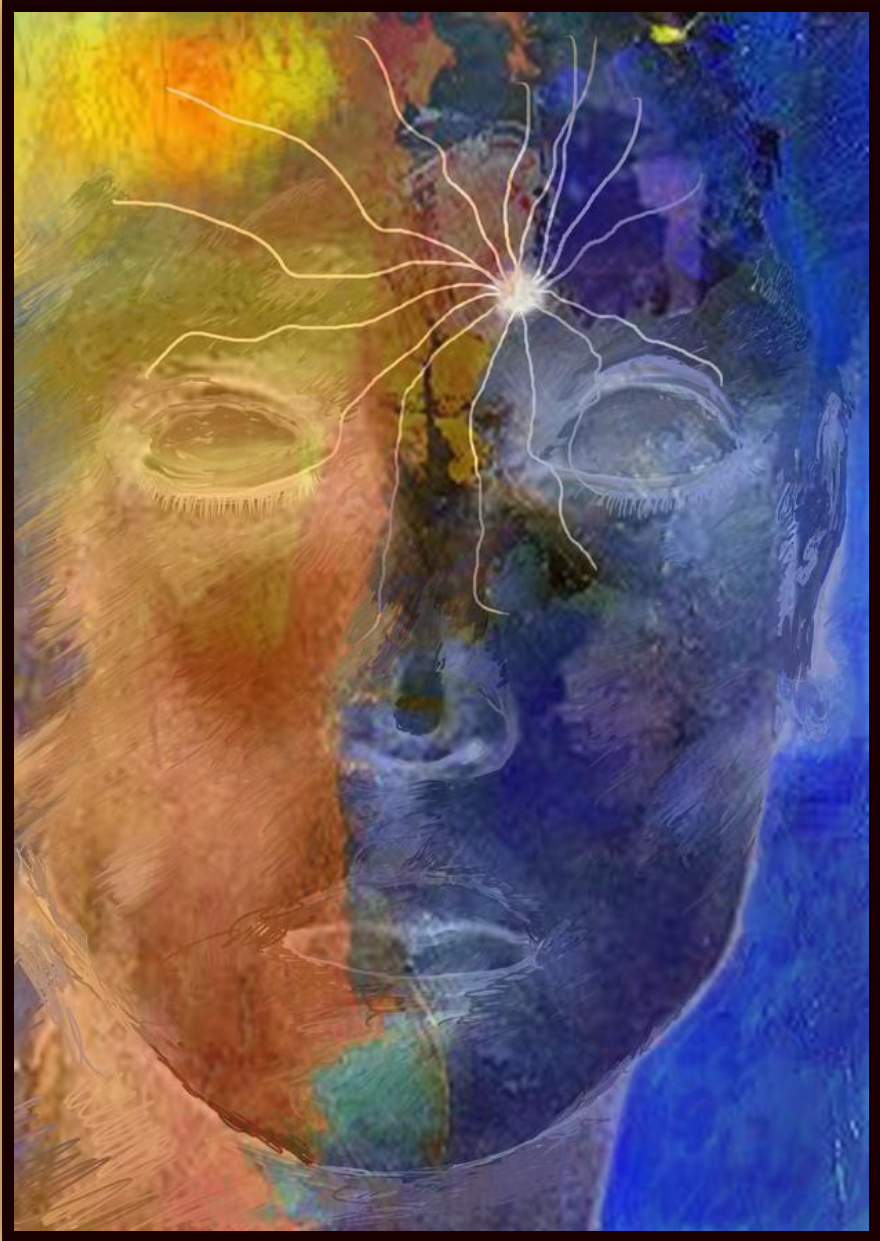
Uno tras otro pasan cortejos de ideas,
volutas de amanecer sincero.

Entonces el cráneo se desploma,
llena el pavimento de adioses falsos

Y tras la oscilación, la ingravidez,
la difusa carencia de aire.

Modos viejos de ver el problema,
sin mirar hacia el viento.

Venancio D. Castán



El abrazo

En la calle, junto a la pared, un hombre barbado escucha atentamente lo que un joven le cuenta asintiendo con la cabeza. Ambos están sentados en unos cajones frente a frente, casi rozándose las rodillas.

Carla no pudo apartar la mirada de aquella escena porque tenía la impresión que aquel joven se comportaba como si se estuviera confesando de algo terrible. Se quedó parada en medio de la bulliciosa calle provocando que los demás, que subían o bajaban, tuvieran que esquivarla. Era jueves, día de mercadillo. Como siempre había acudido a comprar algo de fruta y verdura pero aquella visión la había distraído de su intención.

El joven continuó hablando durante un rato más. El hombre parecía consolarle alargando el brazo y poniéndole la mano sobre el hombro. De repente ambos se levantaron, el joven se introdujo la mano en el bolsillo sacando algo de dinero que entregó al hombre. El joven se despidió y se fue calle arriba mientras el hombre de la barba se metía el dinero en una vieja cartera que se había sacado con dificultad del bolsillo trasero del pantalón vaquero. Después dio unos pasos hacia el centro de la calle y muy cerca de Carla, en voz muy alta, pregonó su mercancía, como cualquier otro vendedor:

- ¡Compren un poco de comprensión!-
- ¡Compren tiempo para ser escuchados!-
- ¡Compren afecto por un módico precio!-

Carla entró en un estado de estupefacción que le impidió articular ningún tipo de pensamiento durante bastante rato.



Siguió escuchando al hombre mientras sus ojos se fijaron en unos carteles, colgados en la pared, en los que no había reparado hasta entonces y en los que alguien, suponía que aquel sujeto, había escrito con rotulador en letras mayúsculas: "SE VENDEN ABRAZOS", "SE VENDE TIEMPO PARA SER ESCUCHADO".

Carla salió de su estado de suspensión y del asombro pasó a la indignación que la empujó a acercarse al hombre de la barba para increparle arrojándole las palabras como si fueran piedras:

- ¿Qué clase de hombre es Vd.?-

- ¿Cómo puede comerciar con el afecto?-

El hombre adoptando una actitud cínica se encogió de hombros y contestó sin mirarla:

-¡Ya todo es mercancía!- para continuar con su vozarrón anunciando su producto.

Carla entró en un estado de excitación tal que casi la llevó a un ataque de ansiedad. Se alejó rápidamente calle abajo. Cuando llegó al final, donde la fila de puestos se terminaba, su excitación se había amortiguado. No obstante un escalofrío recorrió su cuerpo desde los pies hasta la raíz del cabello. Comenzó a respirar profundamente y consiguió tranquilizarse aunque se le había colado en su cuerpo la sensación de que le había crecido una carencia. De pronto, un impulso irrepresible la llevó a acercarse a una anciana que, en ese instante, pasaba a su lado, caminando hacia el mercadillo un poco renqueante, con una bolsa en una mano y un bastón en la otra.

- ¿Señora... me permite darle un abrazo?- preguntó cogiendo desprevenida a la señora que de la sorpresa pasó a la a la desconfianza eludiendo la mirada de Carla. Ésta se apresuró a

añadir :

- ... es que me ha recordado Vd. a mi madre recientemente fallecida -

La mentira fue eficaz porque consiguió abrir el caparazón que la señora se había construido. Abrió los brazos y Carla se refugió en ellos llegando a fundirse en un gran abrazo que duró más de un minuto.

No hubo más palabras. Ambas se separaron con una gran sonrisa en la cara marchándose en sentidos contrarios.

JARomán



La vieja estación (continuación del número anterior)

En todo caso, ella no me dio opción a responder. Empezó a hablarme de su trabajo como traductora para una empresa de importación, aunque su sueño, me dijo, era ser escritora.

En ese momento, tuve la tentación de preguntarle sobre W. S. Maughan, pero me contuve.

Era ya muy tarde cuando llegué al hotel. Debí dormir profundamente porque no oí el mensaje de Beatriz. Lo vi al día siguiente: "Todo irá bien, seguro. No hay más que verte para saber que rebosas salud. Un beso". Pensé en llamarla inmediatamente, pero decidí que sería mejor hacerlo a la salida del hospital.

Beatriz había acertado. Me sentí aliviado, luego feliz, lleno de energía. Y estaba decidido a resolver de una vez todos los interrogantes sobre las dos muchachas: ¿Cómo supo Beatriz que tenía problemas, y que esos problemas eran de salud y, mucho menos, que los resultados serían, sorprendentemente, buenos? ¿Y quién era Elena, cómo pudo saber que Beatriz estaba en B. y anotarme su número de teléfono si, según ésta, no se conocían de nada?

La llamé muchas veces antes de marcharme de B. y seguí haciéndolo después. Nunca obtuve respuesta. Al cabo de un tiempo, al marcar su número, me respondió un mensaje de voz: "el número marcado no existe".

Con el paso de los años, mi trabajo se había ido haciendo rutinario. Fuera del trabajo, el panorama no era menos monótono. Puede decirse que mi vida era apacible, sin sobresaltos; también sin emociones.

Quizá eso explique que una noche, cansado de hacer nada, me decidiera a volver a la vieja estación.

Todo seguía igual. La misma atmósfera decadente, la misma gente deambulando sin rumbo por los andenes y, afortunadamente, la misma camarera. Esta vez me quedé en la barra. Al segundo güisqui me decidí a preguntarle por Elena. No dije su nombre, claro, me limité a describirla con el máximo detalle del que fui capaz. Se tomó un buen rato antes de contestar. Con un trapo no muy limpio, frotaba la barra con aire distraído. Luego me miró fijamente.

-“¿Qué quieres saber de ella?”.

Tuve que improvisar sobre la marcha. La verdad es que no me había parado a pensar en la posibilidad de que realmente pudiera decirme algo sobre Elena.

-“Necesito localizarla y he perdido su teléfono”.

Su sonrisa, más que ironía, denotaba lástima.

-“¡Ya! Pues yo, desde luego, no lo tengo”.

-“Claro- me apresuré a decir-. Pero quizá podría darme algún dato que me ayude a encontrarla. ¿Viene por aquí con frecuencia? Da conferencias sobre literatura, así que seguro que viaja muy a menudo...”

Me sentía cada vez más ridículo.

-“Así que conferencias, ¿eh?- repitió después de un buen rato-. Mira, tienes pinta de ser buena gente, olvídate del asunto. Te tomó el pelo. Y no eres el primero, ¡qué va! No tengo ni idea de qué se trae entre manos esa muchacha: desde hace un par de años, viene por aquí, busca cualquier excusa para pegar la hebra con los viajeros, los engatusa con ese aire suyo misterioso y melancólico, tan a tono con este lugar... ¡Ésas son sus conferencias! Para mí que está algo majara... Aunque yo no me puedo quejar: los clientes que se sientan con ella consumen más de lo habitual. Es bueno para el negocio, pero me dan pena los tíos como tú”.



Hizo una pausa. Iba a contarle lo de Beatriz, pero continuó.

-“Luego desaparece durante un tiempo, unos días, unas semanas..., y vuelta a empezar. ¡Ah!, y nunca coge ningún tren”.

-“¿Cómo que no coge el tren? El día que la conocí iba a G., llevaba una maleta...”

-“Es verdad, siempre lleva una maleta. ¿Y qué? No coge el tren. Te lo digo por tu bien: olvídala”.

No supe qué decir. La camarera de la cara empastada se fue lentamente al otro lado de la barra.

Al rato, volvió.

-“Salgo dentro de media hora. ¿Me esperas y tomamos algo por ahí? Te invito a una copa mientras aguardas. ¡Y no pongas esa cara de pena, hombre, que no se ha acabado el mundo! ¿Sabes lo que dicen algunos de tu amiguita? Que es un fantasma, un alma en pena, la encarnación del espíritu de esta vieja estación, y que sólo descansará cuando la derriben de una maldita vez. Yo no creo en esas cosas, pero ¿quién sabe? Lo cierto es que empezó a aparecer por aquí justo después de aquel absurdo accidente en que murieron varias personas, seguro que lo recuerdas, el tren que no pudo frenar a tiempo y se estampó contra el muro... Ahí mismo- añadió-, señalando con la mano a algún lugar de la estación. Bueno, ¿qué?, ¿te pongo esa copa?”.

-“No, muchas gracias. Será mejor que me vaya”.

-“Pues tú te lo pierdes”.

En las semanas siguientes, fui unas cuantas veces a la estación. Por supuesto, no volví a entrar a la cantina. Paseaba por los andenes, escrutando las caras de los viajeros. Cada vez que veía a una muchacha con el mínimo parecido a Elena, el corazón me daba un vuelco. Pero nunca era ella.

He vuelto a B. en varias ocasiones, por motivos de trabajo; viajes rápidos, como máximo un par de noches. He comido en el mismo restaurante donde me cité con Beatriz y he tomado copas en el mismo pub donde lo hice con ella. Hubiera sido un milagro encontrarla y, por supuesto, no se ha producido.

Hoy, cuando escribo estas líneas, he entrado en una librería. He comprado un libro de relatos de W. S. Maughan. Por pura casualidad, he visto el nombre de la traductora: Beatriz V.M. He corrido a encender el ordenador, he tecleado el nombre en el buscador: nada, ni una entrada, mucho menos una foto. Sin demasiadas esperanzas, me he puesto en contacto con la editorial, solicitando su dirección. Me han contestado con sorprendente rapidez: la traductora falleció hace poco más de un mes en un accidente de tren en India.

Quiero pensar que no era ella, que no era la Beatriz que conocí en B. Probablemente nunca lo sabré. Quizá sea mejor así.

Mustio Collado

Te sigo amando

Alguien llegó a decirme:

"No dejes que te llegue la tarde
sin antes beber tu propio crepúsculo".

Y bebí, bebí hasta embriagarme.

Puede que las arrugas me crucen la cara
hasta volverme un ser de alambre,
pero mi amor no se da por vencido,
se acomoda y forcejea
para evitar, mujer, tu distanciamiento.

Mi amor me canta durante la noche
para mantenerme despierto
esperando a redescubrir tus ojos en las estrellas
y tu cuerpo sobre la luna.

Aunque mis besos se hayan enfriado
te sigo amando.

Aunque mi amor vaya a la deriva como barquichuela
ignorante de que acabará en la mar,
te sigo amando.

Te busco en las florecillas
que, pacientemente, esperan
a que les crezcan los brazos para abrazarse.

Te busco en todas las bocas
con la esperanza de que tu sonrisa crezca en alguna.



Los días soleados, te busco
en las titubeantes mariposas
que dudan sobre qué tragal detenerse.
Te sigo amando
aunque la pasión se haya quedado
agarrotada en mi cuerpo.
Te sigo amando
aunque mire a las nubes con la esperanza
de que hayan aprendido a albergar
amores desgajados de sus sueños.
Intento escuchar en el silencio
cualquier eco que aún quede pululando
desde cuando te llamé sin necesidad de nostalgia.
Te sigo amando.

Ahora, te llamo alzando la voz hacia las nubes
y espero pacientemente
a que la lluvia me devuelva tu nombre.

Amor, cuando suceda,
no necesitaré ni llamarte ni a las nubes.

JARomán

.



Si queréis participar en los próximos números de esta publicación, enviad vuestros trabajos (dibujos, poemas, relatos cortos, etc.) a la siguiente dirección de correo:

tertuliam2020@gmail.com



Esta revista no está subvencionada por ningún organismo ni entidad ni se financia mediante publicidad